Filosofía de la imbecilidad (y II)

Posted on 2 de abril de 2018 by Rafael Núñez Florencio

La imbecilidad es cosa seria: tal es el título del breve ensayo que el filósofo italiano Maurizio Ferraris dedica al tema (trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Alianza, 2018). ¿Un filósofo escribiendo un ensayo sobre la imbecilidad? Estamos tan habituados a considerar antónimos filosofía e imbecilidad que de manera automática se despiertan todas las alarmas (léanse suspicacias). ¿Va en serio? O, en términos más familiares, ¿está de coña? Pues no, no está de coña, y sí, va completamente en serio. El contenido del libro hace honor a su título. Ferraris se toma completamente en serio el tema de la imbecilidad y le dedica una reflexión de algo más de cien densas páginas plagadas de citas, alusiones doctas y un considerable aparato bibliográfico. Si me siguen, verán por qué se lo toma tan en serio.

La razón primera y principal es tan evidente que no hacen falta muchos o alambicados argumentos para dar el asentimiento: la imbecilidad abunda. En versión de andar por casa, «hay más tontos que botellines» o «hay más tontos que perros descalzos». Incluso los biempensantes y caritativos que no estén al cien por cien de acuerdo con la tesis de la imbecilidad generalizada, no tienen más remedio que convenir que el número de tontos sobrepasa ampliamente al de listos. Por eso precisamente sentimos admiración por los listos, los lúcidos, los inteligentes o, en su grado más excelso, los genios o sabios. Por expresarlo en los términos que podemos leer en el libro, «la inteligencia y la abnegación son evidentemente virtudes raras a las que se honra precisamente por tratarse de anomalías».

En segundo lugar (y en contra de lo que muchos piensan), no siempre es fácil detectar a los imbéciles. Por supuesto, hay muchos casos tan obvios que saltan a la vista. Del mismo modo que muchos de nuestros semejantes tienen dibujados en sus rostros o en sus ademanes la codicia, la represión sexual o la timidez, hay otros tantos tontos que se divisan a la legua. Lo diré de modo directo, sin subterfugios, apelando a la experiencia que tenemos todos: hay gentes que parecen gilipollas, actúan como gilipollas y hablan como gilipollas, y todo ello por una razón de peso: simplemente porque son gilipollas. Pero estos, con ser muchos, están lejos de llenar todo el espectro. Y además, y sobre todo, como se les ve venir, no son muy peligrosos. Si uno de estos imbéciles nos pilla desprevenidos, la culpa es nuestra, y hasta diría más, no sé si tendríamos que plantearnos seriamente si somos tan memos o más que ellos. Pero, como bien dice Ferraris al comparar locos y tontos, los primeros «son pocos y, en general, reconocibles», mientras que los segundos «son muchos y están bien mimetizados y dispersos en el medio». Para no desvirtuar el planteamiento de nuestro autor, completaré su argumentación acudiendo a sus propios términos: «Es fácil reconocer al loco que cree ser

Napoleón, pero, bien visto, el verdadero problema reside en que un análisis sin prejuicios podría dar como resultado que Napoleón era un tonto».

¿Napoleón un tonto? Vaya, vaya. Esto no nos lo esperábamos, ¿verdad? No es esto lo que nos han enseñado, claro. La rotunda aseveración de Ferraris nos desconcierta, nos rompe los esquemas establecidos. Intentaré explicarlo, mejor dicho, *explicarle*, del modo más sencillo posible. Lo habitual es que nos movamos en una dicotomía convencional de listo/tonto, inteligente/estúpido, etc. Según este esquema tradicional, en una escala del cero al cien, la imbecilidad estaría en un extremo –pongamos que en el entorno del cero?, mientras que el talento o la lucidez brillarían en el polo opuesto, aproximándose al noventa o cien de la mencionada escala. Estos prejuicios –en el sentido de que damos por buenos hechos o planteamientos que exigirían mayor comprobación? nos conducen a su vez a tener en alta consideración a los intelectuales y profesionales del pensamiento en general. Señala Ferraris, tirando piedras contra su propio tejado, que «es normal creer que los filósofos [yo añadiría aquí científicos, grandes artistas y otros de la misma cuerda] son más sabios e inteligentes que los profesionales de otras especialidades».

Esta extendida creencia deriva del hecho de considerar la idiotez como un todo o, en la acera opuesta, el ingenio también como un rasgo conformador de la personalidad. Por decirlo en términos asequibles, en una tautología, suponemos que el tonto es tonto y el listo es listo. Expresado así, ustedes, que no son tontos, se habrán dado ya cuenta de la trampa: sabemos por experiencia que el imbécil no siempre se comporta como imbécil. En el caso opuesto, la cosa se complica todavía más, pues los inteligentes no sólo no muestran siempre una conducta inteligente, sino que, muy por el contrario, lo habitual es que en los campos que no dominan sean torpes y hasta cometan muchas y grandes majaderías. De este modo quedan ya sentadas las bases del concepto de imbecilidad que, siguiendo al filósofo italiano, vamos a desarrollar en los párrafos siguientes. Pero permítanme que, antes de entrar en el meollo de la cuestión, dé un pequeño rodeo. Enseguida entenderán por qué.

Cuando se trata el tema de la imbecilidad, surge inevitablemente una sospecha, derivada de esta coincidencia prácticamente universal, a saber, que estamos todos convencidos de que hay muchos imbéciles en el mundo, pero también que los imbéciles –por decirlo en términos sartrianos? son siempre «los otros». No conozco a nadie que se reconozca tonto de solemnidad. Quiero decir tonto de verdad, porque lo que sí nos encontramos a veces son especímenes que intentan hacernos creer que son tontos, pero es para pegárnosla, como en el timo de la estampita. Estos supuestos tontos se creen, en el fondo, mucho más listos que nosotros. Si se fijan, comprobarán incluso que son precisamente quienes más convencidos están de la inflación de imbéciles –y van repartiendo este epíteto a diestro y siniestro? los que más se sorprenden si otro les endilga esta misma calificación: ¿imbécil yo?, exclamarán

estupefactos.

Es por ello por lo que cualquier reflexión sobre la imbecilidad nos coloca de sopetón en la cuerda floja. Cuando hablamos de la imbecilidad, todos recelamos de lo que en su fuero interno están pensando nuestros interlocutores. ¿Qué es la imbecilidad?, me preguntas mirándome fijamente a los ojos. Cielo mío, es muy fácil, basta con que te mires al espejo: imbécil… ¡eres tú! Por eso, lo mejor es directamente curarse en salud. Al igual que se dice de la caridad, la imbecilidad bien entendida empieza por uno mismo. Vale, ya está dicho, mejor así. Eso exactamente es lo que hace Ferraris. Son, además, las tres primeras líneas del libro: «Preveo el *tu quoque* trascendental y me resigno. Se necesita tener dentro al menos una pizca de imbecilidad para sentir su atracción irresistible». ¿Una pizca ha dicho? Vamos, vamos, no hay que ser tan modesto. A vuelta de página ya reconoce sin ambages que «me he sentido imbécil muchas veces» y un poco después su dictamen es todavía más descarnado: sólo los imbéciles escriben sobre la imbecilidad, con el agravante de que aquellos ni siquiera son conscientes de hasta qué punto les embarga.

La admisión de la propia gilipollez tiene, empero, un doble fondo. Casi podría decirse que Ferraris juega con las cartas marcadas. Es verdad que ha empezado por reconocerse idiota. Ha escrito, en efecto, que «el mundo está lleno de gilipollas», entre ellos nosotros mismos, todos nosotros. Pero de este modo, inevitablemente, los perfiles individuales se diluyen en la consideración global del ser humano. Dicho en términos simplificados: sí, es verdad que soy idiota, pero es porque el hombre *es* (constitutivamente) idiota. Ferraris mantiene esta interpretación de manera subyacente en muchas ocasiones, pero en otros momentos la hace explícita y, además, de modo terminante: «el hombre nace esclavo, débil, insuficiente y dependiente, sometido e imperfecto. En resumen, nace imbécil» (p. 34). Y vuelve a reafirmarse en esa «imbecilidad humana innata» más adelante: «imbécil es el hombre en estado natural, *in-baculum* e implume» (p. 79).

A Ferraris, que no es nada tonto precisamente, no se le escapa que una identificación entre humanidad e imbecilidad hace a este último concepto poco o nada operativo. Si imbéciles somos todos, sin más, apaga y vámonos. Ya está dicho todo. Pero, si se fijan, el filósofo italiano deja sutilmente una puerta abierta. Imbecilidad (o estupidez, idiocia, gilipollez o necedad, pues él no admite distinción en este sentido) es «ceguera, indiferencia u hostilidad a los valores cognitivos». La admisión –la evidencia? de que el hombre nazca ignorante –imbécil, por decirlo en su registro? no implica que no pueda superar ese estado de naturaleza. ¡Un momento, un momento! ¡Ya sé lo que están pensando! Pero no crean que la cosa es tan fácil. Ferraris se apresura a lanzar el cubo de agua fría antes que nos hagamos ilusiones: «la imbecilidad aqueja al ser humano *también y sobre todo* cuando trata de elevarse por encima del estado de naturaleza» (p. 80). Este, podríamos decir, segundo grado

de imbecilidad, del que sí somos plenamente responsables, es el más característico. Ya es totalmente obra nuestra, responsabilidad nuestra. Aquí sí que necesitamos estar vigilantes. Por eso, en este estadio, el reconocimiento o, cuando menos, la sospecha de la caída en la idiocia podría equivaler a un rasgo de lucidez. Aquí viene al pelo la cita de Ortega: «Al hombre razonable (perspicaz) lo atormenta permanentemente la sospecha de ser un imbécil […], mientras que el imbécil se siente orgulloso de sí mismo». Así, vigilantes, la «redención» –uso el término porque así lo hace el autor?, aunque sea difícil («dudosa», dice él), es, sin embargo, «posible». Esa es su «dialéctica de la imbecilidad».

Ahora podrá entenderse con todas sus implicaciones lo que al principio se señalaba. Por lo general, no existe tanto el estúpido *per se* (o el gilipollas, el idiota, etc.) como la estupidez (o la idiocia, la gilipollez, etc.) como rasgo de comportamiento. Esto es, salvo casos excepcionales, no existe *el* imbécil, sino que imbéciles podemos ser todos, en un momento dado, cuando cometemos alguna imbecilidad. Y eso es lo que hace que ni el filósofo, ni el intelectual, ni el científico, ni el sabio, ni el genio sean inmunes a la imbecilidad, como cualquier otro mortal. Hasta podría decirse que esos «venerados maestros», dormidos en los laureles del éxito alcanzado y el agasajo público, son particularmente proclives a caer en la estupidez. Pues no cabe olvidar, además, que del mismo modo que «de lo ridículo a lo sublime solo hay un paso», puede decirse «que entre la imbecilidad y el genio no hay más que una sutil línea roja».

Y si pasamos del enfoque individual al colectivo, será para constatar que algunos factores externos inciden directamente en la gilipollez ambiente potenciando la estupidez hasta cotas difícilmente soportables. Ferraris lo expresa sin ambages, con demoledora contundencia: «A más técnica, mayor grado de imbecilidad». Pero no, como dicen algunos, porque la técnica, desde la televisión a Internet, nos idiotice por ella misma, sino porque «a más técnica, mayor es la imbecilidad que se percibe». No es, por tanto, que hoy seamos más idiotas que nuestros antepasados, sino que tenemos a nuestra disposición todo tipo de medios para expandir nuestras bobadas hasta límites impensables hace unas décadas. Simplemente, hoy «el estúpido se pone más fácilmente de manifiesto que en cualquier otra época más recogida y silenciosa» (p. 31).

El panorama parece estremecedor. En el mejor de los casos, tenemos que luchar, como vimos, contra nuestra propia estupidez. Pero estamos rodeados de imbéciles, que generan en la vida social y política más incompetencia y, con ella, desánimo, malestar y agresividad, en un círculo vicioso permanentemente alimentado por los ineptos. En términos existenciales, podría expresarse con la famosa frase de *Macbeth*, que Ferraris cita de paso: «La vida es una fábula contada por una idiota». ¿Qué hacer entonces? Hay dos posibilidades. Ferraris sólo contempla una de ellas, probablemente como signo o reflejo de los tiempos líquidos que

vivimos: la risa. «Uno se ríe porque tiene conciencia, aunque sea confusa, de la imbecilidad y sus manifestaciones, empezando por el absurdo» (p. 98). El objeto de la risa, en principio, son los otros (lo mismo que pasaba al tratar de identificar la imbecilidad, como ya vimos). «La primera toma de conciencia, y la primera carcajada, se orientan al mundo exterior». Nos reímos de los imbéciles que nos rodean. Al acabar los estertores de la carcajada, nos asalta, no obstante, una duda: «¿estamos seguros de que, así y todo, no son mejores que nosotros?»

«Sólo ríe quien no sabe», parece que dijo Bertolt Brecht. También podría decirse lo contrario, que sólo ríe de verdad quien de verdad sabe (quien está en el ajo, como se dice vulgarmente). La risa es ambivalente. O, si prefieren que lo diga de otra manera, hay risas y risas. Ríe el cínico inteligente, pero lo mismo o más ríe el *tontolaba*. La carcajada «puede muy bien ser señal de imbecilidad», escribe Ferraris. ¿De qué reímos, por qué reímos? El filósofo italiano alude seguidamente a la dimensión dramática: «Cuando uno se ríe suena una llamada profunda y verdadera a no llorar». Pero, como antes dije, Ferraris se queda aquí y no entra en la segunda posibilidad que se abre ante la constatación de un mundo estúpido y una existencia absurda. Y, sobre todo, no aborda la dimensión social y política del asunto: por expresarlo en términos simplificados, ¿qué pasa cuando el imbécil no es nuestro igual, sino nuestro jefe o nuestro superior? En un libro de hace ya algunos años, titulado *El idiota moral. La banalidad del mal en el siglo XX*, Norbert Bilbeny sí entraba a examinar lo que sucedía cuando el imbécil –en su caso, no intelectivo, sino moral? adquiría capacidad para actuar sobre los demás, es decir, algún tipo de poder.

Ahora nos adentramos en un terreno pantanoso: nos hundimos en la ciénaga de lo que realmente fue, de lo que realmente pasa cuando el estúpido –entendido en este caso, como he dicho, como indigente moral? accede al mando, alguna forma de mando. Bilbeny sitúa su reflexión en las coordenadas del siglo XX, tomando el Holocausto como punto de inflexión o eje de referencia. No menciona a políticos, generales, altos mandos, diplomáticos o dirigentes en general, sino que se refiere a los cuadros medios que ejecutaron sin rechistar, con celo y, a veces, con gran entrega y hasta entusiasmo, unas directrices atroces. Él se refiere a un idiota que no es exactamente un tonto (en sentido intelectual), que incluso posee conocimientos, pero que no ha educado sus sentimientos, sus emociones, la conciencia moral, en definitiva. No es un sádico, entiéndase bien. Es simplemente un ser insensible, carece de empatía. Cumple su cometido como un riguroso funcionario, ejecuta órdenes con frialdad y eficacia. No se plantea –no le importa? si esas órdenes implican una monstruosidad. A partir de esos presupuestos, naturalmente, puede hablarse de la aplicación banal del mal. Aplicación fría, mecánica, desapasionada. El verdugo puede decir sinceramente a la víctima antes de ejecutarla: no tengo nada contra ti. Y si produzco tantas víctimas al día y tantos días y semanas y meses igual, ya las masacres se convierten en mera

estadística. Banalidad de los números. Problemas de contabilidad.

No todo mal es banal, ni mucho menos. Hay un mal perverso y deliberado, concebido por seres inteligentes y ejecutado con toda la perfidia posible para causar el mayor sufrimiento. Y hay, naturalmente, muy diversos grados en la escala de ese mal conscientemente infligido a nuestros semejantes. Pero, junto a ello, está el mal que genera o aplica el imbécil. Este puede ser un simple estúpido o, como en el ensayo de Bilbeny, un idiota moral. Retengo una frase particularmente reveladora de su libro: «todo idiota moral es un híbrido […] entre el monstruo y el payaso» (p. 86). Si volvemos ahora la vista al volumen de Ferraris, habría que concluir que el filósofo italiano, aun reconociendo que «la imbecilidad es cosa seria», ha pergeñado un mundo que se parece mucho a un circo, donde todos, de una forma más o menos consciente, hacemos el payaso. La otra cara de ese mundo imbécil es la que dibuja Bilbeny, basándose en la experiencia del siglo XX: una sociedad regida o sustentada por idiotas se convierte en una pesadilla protagonizada por monstruos, el peor de los infiernos posibles. Ya lo dice la sabiduría popular: es preferible un listo malo que un tonto bueno.